

Ninguno lo igualó

San Francisco Solano, Apóstol de Hispanoamérica.

Con gusto reproducimos este bellissimo trabajo que nos ha llegado de España, donde se acaba de celebrar el Cuarto Centenario del nacimiento del eximio civilizador y misionero de América, San Francisco Solano. N. de la R.

I.— Nacimiento

Si alguna vez te encuentras en Montilla en las primeras horas del día 14 de julio no importa qué año, vete a la puerta de la Iglesia parroquial de San Francisco Solano. Allí, entre asombro y admiración, verás un pueblo entusiasmado y devoto y podrás escuchar las añosas coplas populares del Santo: las anónimas y viejas coplas tradicionales, cantadas por este mismo pueblo, con acentos de emoción y fervor.

Vente ahora con nosotros a ese mismo lugar. Estamos en Montilla, Marquesado de Priego, Obispado de Córdoba, el domingo 10 de marzo del año de gracia de 1549. Patria.

En el lugar donde ahora nos hallamos no está todavía la Parroquia de que Solano es titular, sino una casa espaciosa y señorial, ante la que vemos una inusitada algarabía. Hoy, el Capellán Don Hernando Alonso va a bautizar a un hijo de Mateo Sánchez Solano y de su esposa, Ana Jiménez Hidalgo, que, con otro hijo, además del recién nacido, habitan en ella.

Imponen al neófito el nombre de Francisco: nace para Dios en aquel instante el intrépido Santo que haría en las Indias la sublime conquista de millares y millares de almas privadas de la Divina Verdad...

II.— Vocación

Crece Francisco Solano en la tibieza entrañable de un hogar honesto y cristiano. A medida que su alma va abriéndose a las luces del conocimiento va descubriendo una despejada inteligencia y un corazón in-

clinado al bien. En efecto: su carácter es afable y cortés; su corazón, generoso, su bondad, suma. Inclinado a la virtud y afecto al retiro, no tiene otra distracción que el rezo y ejercicio de las devociones marianas, ya que desde pequeño profesaba a la Virgen Santísima mucha mortificación y pureza.

Educóse Solano en el Colegio que la Compañía de Jesús tenía entonces en Montilla. En él aprende las primeras letras, y a los quince años estudia ya, con afanoso celo, Humanidades y Filosofía; alternando tales trabajos con prácticas piadosas, frecuencia de Sacramentos, duras penitencias, cavar en el huerto de su padre y recrear su ánimo con cánticos de devoción.

La tradición nos habla de las limosnas y enseñanzas con que favorecía a los muchachos del barrio, en la calle Córdoba, donde hoy está la ermita llamada del "Santico"; de sus visitas frecuentes a la Iglesia de San José y de cómo en ocasiones encerró a los hambrientos pajarillos en una cuadra del huerto —con una rueda por puerta— para que, sin temor a que éstos dañasen, se pudieran marchar sus padres y los criados y él a oír la Santa Misa en la cercana ermita de San José.

Y, a los veinte años, Francisco Solano manifiesta su irresistible inclinación a consagrar su vida a Dios.

Francisco ha decidido ingresar en la Seráfica Orden Franciscana. Le acompañan sus padres al Convento de San Lorenzo, en las afueras de Montilla, y les recibe el maestro de novicios, Fray Pedro de Ojeda.

Desde aquel día, Francisco Solano fué novicio en el Convento de los Franciscanos de Montilla, des-

perlando entre sus superiores y hermanos la más encendida admiración por su humildad y circunspección. Pasa Francisco tres años en el Noviciado, pobremente vestido, alimentándose cada día con la frugalidad de unas frutas y un poco de pan, durmiendo sobre un lecho de troncos con un duro palo por almohada, y robándole al sueño horas para el rezo, la penitencia y la meditación.

III.— A América

Estamos ya en el reinado de Su Majestad Católica el Rey de las Españas Don Felipe II. Solano arde en deseos de trasladarse a las Indias para misionar. Y ofrece marchar a Tucumán porque, entre otros lugares, le parece el de mayores padecimientos y el que mejor puede proporcionarle el martirio por su Dios.

Antes de marchar, hace visita de despedida a los lugares de Andalucía donde predicó; a Montilla, a dar a su madre el que había de ser su postrero adiós, y a Loreto, que registró las primicias de su sacerdocio ejemplar.

Partió, pues de Sanlúcar de Barrameda, el día 28 de febrero de 1589, a los cuarenta años de edad, en la plenitud de su vigor físico y espiritual. Iba en la flota que transportaba al nuevo Virrey del Perú, Don García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete, que marchaba a gobernar los extensos territorios de Chile y del Perú.

Durante la travesía, oraba y aprendía los diversos idiomas de los pueblos que iba a evangelizar.

Arribó a Santo Domingo y, con escalas en Cartagena y Nombre de Dios, llegó a Panamá, donde tuvo que permanecer cuatro meses, esperando embarcación para el Perú.(1)

A finales de octubre del citado año de 1589 se presentó oportunidad de embarcar con destino al Callao, y así lo hizo. En esta travesía, y hallándose a la altura de la Gorgona, una tarde de principios de noviembre, comenzó a rugir la tempestad. El Océano, batido por fuerte vendaval, se encrepaba en ímpetu furioso.

Al caer la noche sobre el bajel, las tinieblas aumentaron el dolor y la desesperación de los atribulados

naúfragos. La nave, a la deriva, sin norte y sin gobierno, encalló a media noche en un banco de arena. Se abrieron algunas vías de agua y se hizo insostenible la situación. El capitán, a la desesperada, organiza el salvamento, y, lanzando un batel al agua, ordena que lo ocupen los leguleyos, cronistas, soldados, marinos y gente principal. Al intentar Solano saltar al batel, divisa a su vera a unos negros bozales de la Guinea que iban en el navío, y, dirigiéndose al capitán, pregunta:

—¿Qué suerte les espera a éstos en el bajel?

(Nota de la R. de "SIC")

—La muerte creo que será, Padre —responde el capitán—; que no creo que la nave salga de estos bajíos.

—Pues, entonces, perdone vuestra merced, señor capitán, pero me quedo. Porque no es bueno, en peligro tan manifiesto, dejar desamparados a tantos hermanos y marchar.

Y allí quedó el Padre Solano animándoles y alentándoles ante el peligro, elevando sus almas en alas de la fe y de la esperanza, moviéndoles a contrición y excitándoles a amar a Dios" (1).

Para mayor desgracia, la hoz fatal con que segaba vidas el furor de la tempestad dividió con su filo en dos mitades el navío, permaneciendo Solano milagrosamente, con

(1) En el antiguo Convento de PP. Franciscanos de Caracas, fundado en 1574, se conservaba la tradición de la estancia por varios días en dicho Convento, del P. Francisco Solano, como escala en su viaje desde España al Perú. Tal vez una mayor investigación sobre el itinerario seguido, aclararía la realidad de dicha tradición.

Lo que si no cabe admitirse es la falsa afirmación de que en esos días de su estancia en Caracas, San Francisco Solano se sentara a confesar en el suntuoso confesionario de magnífica talla barroca que aún se admira en el templo caraqueño del extinguido Convento. Baste recordar que el Santo misionero hizo su viaje al Perú en 1589; y el famoso confesionario fué un regalo que hizo a los PP. Franciscanos el ilustre canónigo Dr. Juan Félix Arestigueta en 1770. ¡Casi dos siglos más tarde!

la mayor parte de los naufragos, en la mitad de popa, hasta que, pasados tres días y según había predicho él, vinieron a recogerles atraídos por las "luces encendidas que se veían sobre Solano."

¡Con cuánta razón su biógrafo, Padre Córdoba, exclama refiriéndose a este hecho: "No pudo toda el agua del mar apagar el fuego de su ardiente caridad"!

IV.— Vida admirable

Estuvo en Lima y después pasó a Tucumán, recorriendo en sucesivas etapas posteriores, las tierras del Plata, el Salí, Urefia y Uruguay, y en todas partes, y prodigiosamente, acredita Solano un conocimiento muy eficiente de las lenguas del país.

Sus andanzas y correrías han hecho célebre su nombre por todas aquellas tierras. Solano anda descalzo por las inmensas pampas o navega por los ríos insalubres y pantanosos, con sus libros y su violín, cuyos arpegios, tanto como la armonía de su voz, tenían algo que sabía a paraíso...

No perdonó trabajo ni fatiga para salvar almas y endulzar la vida de los indígenas, aliviándoles y socorriéndoles con benignidad y amor.

Los milagros en aquellas tierras son incontables, y de ellos vamos a relatar el de la fuente milagrosa, por estar recogido en el cancionero popular montillano del Santo, y el del toro bravo, porque cierta circunstancia le hace de actualidad (1)

El primero ocurrió en el repartimiento de indios conocido entonces con el nombre de Socotonio, en el distrito de Talavera de Madrid, Tucumán. Y consistió en que, estando desesperados los habitantes de la gobernación y Obispado de aquel lugar por la sequedad de las tierras, pensaron con gran pena en emigrar, ya que no sólo faltaba el agua para regar, sino que también carecían de la potable para beber. Y en estas circunstancias, señaló Solano con el báculo un punto del todo seco, y dijo:

—Cavad aquí y hallaréis agua.

Y así lo hicieron y brotó una copiosa vena de agua clara y dulce. El manantial fué llamado "la fuente del Santo Solano".

En otra ocasión, se celebraba

una fiesta de toros en San Miguel de Tucumán, y un toro de excepcional bravura consiguió saltar los obstáculos que le separaban de las personas allí congregadas, después de haber dado muerte a varios indios. El toro, en la desenfrenada carrera que emprendió, iba sembrando el terror por el pueblo. "El Santo Padre Solano venía por la calle adonde se dirigía el toro, y el gobernador de la ciudad, Don Juan de Velazco, hizo señas para que socorriesen al siervo de Dios, lo cual no fué posible." Pero nuestro Santo, con suprema tranquilidad, esperó la arremetida del toro "poniendo por delante el cordón". Y entonces tuvo lugar el portentoso milagro: "el bravo animal se le acercó mansamente, y llegando la boca y olfato al cordón, mostró reverenciarle; y, como si fuese una oveja, se apartó y pasó de largo, con admiración del gentío". El gobernador, sin esperar a que la fiesta terminase, salió seguido de mucha gente a recibir al varón santo, a quien se apresuró a decir:

—¡Así amansa, Padre, los toros bravos!

Y así llegamos al final de la vida azarosa del primer gran misionero español en América.

V.—Ocaso glorioso

El Padre Solano está ya postrado en la pobre cama de que dispone en el Convento de San Francisco de Lima. Son los días últimos del glorioso franciscano. Está atacado de una implacable calentura que le abrasa el cuerpo y le consume las exiguas carnes de su cuerpo: de ese cuerpo fuerte y enjuto que soportó con alegría los rigores de todas las disciplinas y de todos los climas.

Quiso Dios poner a prueba su paciencia teniéndolo dos meses inmovilizado en su lecho: a él, que no había conocido nunca el reposo... Hizo Solano que le pusiesen un Crucifijo delante de la cama, de manera que le fuera dado contem-

(1) Izaguirre: "Historia de San Francisco Solano."

(1) La posibilidad de que sea designado Patrono de los Toreros, por los tres milagros que realizó con toros bravos.

plar en todo momento a Jesucristo en la Cruz, y daba gracias a Dios porque le hacía partícipe de tan agudos dolores como le provocaba su postrera enfermedad. Y, a voces, increpaba a su propio desmedrado cuerpo diciendo:

—Cuerpo perezoso: ¿crees que por estar derribado en una cama, sin fuerzas ni virtud natural para poder hacer penitencias, que por esto has de sentir algún alivio y descanso? Pues no ha de ser así.

Y volvióndose al Crucifijo que tenía delante, añadía:

—Gracias, gracias, Señor; porque ahora que no puedo vengarme de mi cuerpo azotándolo y torturándolo, tu Divina Clemencia se venga de él castigándolo y afligiéndolo con dolores y penas.

Quince días antes de su muerte recibió el viático con singular devoción y fervor de espíritu.

El Rvdmo. Obispo Fray Juan Venido, allí presente, quiso animarle diciéndole que viviría para ganar la indulgencia del Jubileo de la Porciúncula, el 2 de agosto, a lo que respondió el Santo:

—No, Padre, no. Si ganaré la indulgencia del día de mi querido Padre San Buenaventura, el 14 de julio. Pueden recogerse tranquilos los padres en sus celdas, que yo no tengo de morir hasta el día de San Buenaventura.

¡Proféticas palabras del Santo Padre Solano, que el próximo y fatal desenlace de su vida confirmó!

Intentó un fraile, muy de mañana, cubrir su cuerpo lleno de martirios con una suave manta, a lo que Solano se opuso, diciendo:

—Cómo es esto, Señor; Vos crucificado y yo servido de vuestros siervos? ¿Vos desnudo y yo arropado? ¿Vos abofeteado y yo regalado?

Y diciendo esto comenzó a llorar amargamente. Haciendo honor después a la sublime y nunca por nadie superada pobreza en que siempre vivió, quiso que ninguna cosa

suya quedase sobre tierra, sino su pobre cuerpo, y así pidió pro amor de Dios, a su Guardián que le enterrasen con un hábito de limosna, el más pobre hábito que encontrasen. En este punto dijo Solano:

—Cierto estoy que voy al Cielo. Y esto por los merecimientos de la Pasión y Muerte de mi Señor Jesucristo, porque yo soy grande pecador.

Desapareció entonces la terrible calentura de que era víctima. Y raudos, a bandadas, comenzaron los pajarillos que él tanto amó a inundar su cuarto con sus trinos alegres y cantarinos... Su cuerpo comenzó a exhalar olores suavísimos y fragancias celestiales...

A la puerta de su cuarto había un tropel de gentes que lloraban sin consuelo: El Virrey, el Alcalde de Lima, hombres mujeres, niños, mendigos, aventureros, impedidos: toda la numerosa y amada grey de Solano lloraba el inevitable fin de su protector...

Dios no pudo permitir que en la hora de su muerte faltase allí un montillano. Aquel mismo día llegó al Convento el agustino Fray Tomás Solano, sobrino del Santo Padre Francisco. Quiso Fray Tomás recibir la bendición de su santo tío. Solano elevó los ojos al cielo, y, juntas las manos sarmentosas, dió gracias a Dios, que le enviaba en el supremo trance a un paisano y sobrino suyo.

Por la retina cansada del Santo comenzaron a desfilar los entrañables recuerdos que guardaba de su Montilla natal y lejana. Por sus ojos pasó un tropel de olivares y vides, de huertas y trigales, en maravillosa película retrospectiva.

—¡Montilla! ¡¡Montilla!! ¡¡Montilla!!

Y con este recuerdo, el miércoles día 14 de julio de 1610, a las once de la mañana, se lo llevó Dios para siempre a su Gloria.

JOSE JAEN Y JOSE COBOS

